

ligion; en una palabra, la piedad humana es el exceso de la virtud, pero esta acaba siempre donde aquel principia.

No, Señor, la verdadera piedad eleva el ánimo, ennoblece el corazón y afianza el valor; porque cuando hay suficiente fuerza para vencerse uno á sí mismo, se ha nacido para cosas grandes; y el hombre de bien, desde que ha podido hacerse superior á todo por la fe, de todo es capaz. La casualidad forma los héroes, y el valor constante forma los justos; las pasiones pueden elevarnos á la cumbre del poder, pero únicamente la virtud puede elevarnos sobre nosotros mismos.

¿Que reinado, Señor, fué mas glorioso en Israel que el de Salomon, mientras que permaneció fiel á la ley de sus padres? ni que gobierno mas prudente y absoluto? Todas las sutilezas de la política han perfeccionado tanto alguna vez el arte de reinar y de guiar los pueblos? ¿Cuanta gloria y magnificencia acompañaban su trono! ¿Se enviencia por ventura la magestad de este por la piedad? Que príncipe tuvo jamas

súbditos mas obedientes, ni vecinos que se estimasen mas dichosos con su alianza, ni soberanos de imperios mas vastos y poderosos que el suyo, que tuviesen para con su persona consideraciones y condescendencias que no le debian por su corona? Los sabios de otras naciones no se consideraban como insensatos en comparacion suya? No venian de las comarcas mas distantes para admirar el orden y la harmonía con que gobernaba todos sus súbditos como si fuese un solo individuo? Los príncipes no aprenden todavía todos los dias á reinar en los divinos preceptos que nos ha dejado? y la piedad que por sí sola le valió la sabiduría, sería el escollo del gobierno?

¡ Dichoso él si no hubiera abandonado su primer camino y si los extravios de su vejez no hubiesen deslucido la gloria de su reinado, y alterado la felicidad de sus pueblos! Estos no empezaron á sufrir cargas excesivas, ni dejaron de ser felices, sino cuando él mismo cesó de ser fiel á Dios, y corrompido por las mugeres extranjeras, y no puso límites á sus gastos y á la opresion de sus pue-

blos con lo que preparó á su hijo el levantamiento que separó diez tribus del reino de David, dándolas un nuevo soberano.

Los hombres por excusar sus vicios procuran desacreditar la virtud, y como incomoda á sus pasiones, quisieran persuadirse que es funesta para el gobierno de los estados y de los imperios, y oponer á ella el interes público para ocultarse á sí mismos el interes personal que es el que verdaderamente se opone. El único origen de la verdadera sabiduría es el temor de Dios, y este que pone orden en el hombre, es el que únicamente puede establecerle en los estados.

TERCERA PARTE.

Por último, la indecision y la incertidumbre ocasionan preocupaciones y sorpresas, y este es el último escollo de la piedad de los grandes.

Si, hermanos míos, la piedad tiene sus errores como el vicio, pues cuanto mas se ama la verdad, tanto mas puede seducirnos lo que se oculta bajo sus

apariencias; porque la virtud simple y sincera juzga de los demas por sí misma; y nuestra falta de rectitud es casi siempre la que nos enseña á ser desconfiados, por lo que cuando nunca hemos empleado sino la sencillez y una recta intencion, nos precavemos menos contra el engaño y el artificio; y asi los justos estan mas expuestos á ser sorprendidos, porque ignoran el arte de sorprender á los demas.

Pero la piedad de los grandes, Señor, es la que particularmente debe temer las preocupaciones y las sorpresas; porque ademas de que las consecuencias son mas peligrosas, han nacido, como decia en otro tiempo Asuero, mas rectos y mas sinceros que los demas: y reciben con tanta mas facilidad las preocupaciones, cuanto menos gustan del examen é incomodidad que resulta de la desconfianza, encontrando mas breve y cómodo el juzgar, segun lo que se les dice, que el profundizarlo y convenirse de ello : *Dum aures principum simplices, et ex sua natura alios esti-*

mantes, callidá fraude decipiunt (Es-ther. XVI. 6).

La piedad en los grandes, puede hacerlos capaces de toda especie de preocupaciones, de credulidad, de confianza y de zelo. De credulidad, porque la piedad misma se presta muchas veces á oír la malignidad de la calumnia, y quanto mas gustan de la virtud, tanto mas fácil es hacerles sospechosos de disolucion y de vicio aquellos en cuya pérdida se interesa una vil envidia. Pero todo zelo que trata de dañar, debe serles sospechoso; porque la verdadera piedad, ó no cree con facilidad el mal, ó lejos de publicarle, le oculta cuando menos y le excusa; ni trata de hacer odioso á su prójimo á los ojos del amo, sino que trata por el contrario de reconciliarle con Dios; siendo así que las delaciones secretas se proponen el trastorno de la fortuna de otro mas que el arreglo de las costumbres, y generalmente el delatar descubre mas bien sus propios vicios que los de su prójimo.

Preocupaciones de confianza, El hi-

pócrita hace muchas veces con los grandes el papel de hombre honrado, y ellos dan á las apariencias de la piedad el acceso, los empleos, y la confianza que solo se debian á la verdadera piedad; confian los negocios públicos á los que por su poco talento solo habian nacido para ocupaciones mas bajas; unas costumbres arregladas les parecen propias para suplir los mayores talentos y los servicios mas importantes; y así desacreditan la virtud con los favores mismos con que la honran.

Al fin preocupaciones de zelo; porque en este han hallado muchas veces los príncipes mas piadosos el escollo de su piedad; y así los Constantinos y Teodosios experimentaron en otro tiempo que su amor por la Iglesia se habia vuelto contra ella misma, y que habian favorecido el error, creyendo ser zelosos de la verdad. Los príncipes, Señor, no deben mezclarse en materias de religion sino para protegerla y defenderla; porque su zelo no es útil á la iglesia sino cuando le reclaman los pastores; las solicitudes de los depositarios de la

doctrina son las únicas que deben tener crédito para con ellos cuando se trata de la doctrina misma, y cualquiera otra voz que la unánime de los pastores debe serles sospechosa; debiendo dejarles el honor de la decision y del juicio y reservarse el de la proteccion. Los obispos son súbditos suyos, pero son sus padres, segun la fe; porque si el nacimiento los sujeta á la autoridad del trono; esta se gloria de someterse á la de la Iglesia; y nuestros reyes han considerado siempre el título de primogénitos de ella como el mas brillante título de su corona, y no tienen otro derecho para hacer ejecutar sus decretos que el que les da la sumision á ellos, dando los primeros el ejemplo á los demas fieles. Cuando han querido pasar mas adelante y usurpar, en quanto á la doctrina, un derecho reservado al sacerdocio, han agriado los males de la Iglesia lejos de remediarlos; sus modificaciones han sido nuevas llagas y producido excesos; todas las conciliaciones inventadas para calmar los espíritus rebeldes y atraerlos á la unidad, los

han autorizado para continuar en su sedicion; y la autoridad de los príncipes ha perpetuado siempre los errores, cuando ha querido por sí sola acercarlas á la verdad. Si pueden estar al rededor del arca y guardarla como David, no pueden poner en ella las manos, porque el trono se ha establecido para ser el apoyo de la doctrina santa y su asilo, pero nunca debe ser su regla, ni el tribunal de donde salgan sus decisiones.

Que dicha si las pasiones y los intereses humanos no rodeasen el trono, sin duda ninguna la piedad de los soberanos seria el recurso seguro de la Iglesia; pero frecuentemente, ó hacen que su religion obre contra sus propios intereses, ó estos sirven de vano pretexto para que obren contra la religion misma.

Son pues las preocupaciones casi inevitables en la piedad de los grandes; pero la obstinacion en ellas es la que hace su mal mas incurable; porque no se avergüenzan de haber sido sorprendidos, ni pueden libertarse de serlo, pues casi todos cuantos llegan á ellos tratan de engañarlos; ¿y habrá que ad.

mirar que su atencion divague algunas veces y que puedan dejarse seducir? El artificio es mal hábil y mas constante que la desconfianza, se reviste de todas las apariencias y aprovecha todos los momentos; y cuando todos los que nos rodean tienen interes en engañarnos, nuestras mismas precauciones los ayudan para hacernos caer en el lazo.

Pero, Señor, si no es vergonzoso á los príncipes el que los sorprendan, siendo una desgracia en la autoridad suprema, les es glorioso el confesar que han podido serlo; porque nada es mas grande en el soberano que la voluntad de ser desengañado, y el tener la fortaleza y franqueza de convenir él mismo en su equivocacion. Asuero no pensó que la magestad del imperio sufría el menor menoscabo declarando, aun por un edicto público, que habia sido engañado por los artificios de Aman; sería un orgullo reprehensible el pensar que siempre se tiene razon, y una debilidad el no atreverse á retroceder cuando conocemos que nos han hecho dar un paso en falso; pues las variaciones que

nos vuelven al verdadero camino, lejos de disminuir el respeto á la autoridad, la consolidan y afianzan, y no es desmentirse el deshacer una equivocacion. Esto no es manifestar á los pueblos inconstancia en el gobierno, sino ponerles de manifesto su equidad y rectitud. Los pueblos saben y ven con harta frecuencia que los soberanos pueden engañarse; pero raras veces el que salgan del engaño y confiesen sus errores y equivocaciones. No hay que temer que respeten menos la potestad, porque confiese que ha obrado mal y se condene á sí misma; pues su respeto solo decae para con aquella que, ó no conoce su yerro, ó le justifica, y en el ánimo de los pueblos nada deshonra la autoridad sino el ser débil para dejarse sorprender, y el ser vana para pensar que se envilece si confiesa su error y sorpresa.

Señor, no deis oido á los malos consejos ni á las insinuaciones peligrosas de la adulacion; pero como estas se cubren con el velo del bien público y tarde ó temprano encuentran acceso en el trono si la falta de atencion os hace al-

guna vez adoptarlas, el único interés de vuestra gloria, cuando hayais sido engañado, es de reprobaldas inmediatamente. Todavía es mayor la gloria que resulta de confesar uno su yerro, que el de no haber sido nunca sorprendido; porque nada es mas laudable en un soberano que no depende de nadie, que el querer depender siempre de la verdad.

Nadie se atreverá á engañaros, cuando sepan que una vez la impostura y la adulacion descubiertas solo les espera vuestra indignacion y el castigo que merecen. El orgullo de los reyes es el que únicamente autoriza y estimula las adulaciones y malos consejos; y si es cierto que por lo comun los aduladores hacen los malos reyes, lo es todavía mas que los malos reyes forman y multiplican los aduladores.

Evitando estos escollos, es como la piedad de los grandes se hará respetable y recobrará la gloria y la dignidad que la bafa del mundo ó las flaquezas de una falsa virtud casi le han quitado: consiguiendo ademas que no vuelve á oírse en boca de los hombres esta blas-

femia, á saber, que los príncipes piadosos son menos á propósito para gobernar, y que la piedad puede hacer grandes santos; pero nunca grandes reyes.

¡ Ojalá que semejantes máximas no ofendan jamas vuestros inocentes oídos! Pero si la adulacion se atreviese alguna vez á repetiros las, salgan del trono relámpagos y rayos que confundan á estos enemigos de la religion y de vuestra verdadera gloria. Oid semejantes adulaciones impias como blasfemias contra la magestad de los reyes y como ultrages que se hacen á vuestros mas gloriosos ascendientes, á los Carlomagno, san Luis y á vuestro bisabuelo. Fueron grandes reyes por una piedad afectuosa y sincera, su zelo por la religion los ha ilustrado aun mas que sus victorias; las alabanzas que la iglesia les dará siempre durarán tanto como ella; y sus grandes acciones se hubieran sepultado en la revolucion de los tiempos; ó solo hubieran tenido un esplendor vulgar, si la piedad no las hubiera inmortalizado.

Sed, Señor, como ellos el defensor de la gloria de Dios, y no permitirá que los hombres olviden jamás la vuestra: probad que la piedad no deshonorra los reyes, proponiéndooos aquellos grandes modelos; que solas las pasiones envilecen el trono y degradan el soberano; que no merece reinar el que no sabe reinar sobre sí mismo, y que, para ser en las edades venideras tan grande como lo fueron aquellos á los ojos de los hombres, es preciso haber sido fiel á Dios como ellos.

¡Gran Dios! Cuanto mas rodeado de lazos está el trono, tanto mas necesitan los reyes de vuestra proteccion y de los socorros de vuestra gran misericordia; pero cuanto mas expuesto está este niño augusto á causa de sus tiernos años y de una infancia abandonada á sí misma y á todos los peligros de la dignidad real, tanto mas debe ser el objeto de vuestros cuidados y de vuestra ternura paternal.

Fortaleced cuanto antes la inocencia de su corazon contra el escarnio que envilece la piedad, y contra los escollos

de la piedad misma, y dadle aquellas virtudes que santifican el hombre, haciéndole al mismo tiempo gran rey. Haced que respete á vuestros servidores, y él mismo sirva al Dios de sus padres con aquella magestad, que es la única que puede hacer respetables los reyes.

Echad una ojeada compasiva desde lo alto de vuestro trono divino, ¡ó gran Dios! y veréis á vuestros pies este precioso y augusto niño, único recurso de la monarquía, el hijo de la Europa, y la prenda sagrada de la paz de los pueblos y de las naciones; ¿y al considerarle no se conmovirá vuestra misericordia? Miradle, gran Dios, con la misma ternura que toda la nacion.

Oid la primera voz de su inocente corazon que os dice como en otro tiempo un santo rey: Dios de mis padres miradme y tened piedad de mí á vista de los peligros que mi edad y dignidad me preparan, y que por todas partes van á sitiarme al salir de la infancia. *Respice in me, et miserere mei* (Ps. LXXXV, 16.): sed vos mismo el defensor de mi trono y de mi juventud, y conservad el imperio

(226)

al hijo de tantos reyes, que no conoce título mas glorioso que el ser el primogénito de vuestros hijos : *Da imperiam puero tuo* (ibid.)

Pero ¡ gran Dios ! que no sea la conservación de una corona terrestre el único beneficio que me concedais. Salvad al hijo de Adelaida , de las Blancas , de las Clotildes y de tantas princesas piadosas, que me presenten todavía á vos en su seno , y como el hijo de su amor y de sus mas caras esperanzas. *Et salvum fac filium ancillæ tuæ* (Ibid.) ; y ya que mirais siempre la inocencia del modo mas favorable, conservádmela, Dios mio por tanto tiempo como mi corona á fin de que despues de haber reinado por vos dichosamente en este mundo, pueda reinar eternamente con vos en el cielo Amen.

SERMON

PARA EL

VIERNES SANTO.

Sobre los obstáculos que encuentra la verdad en el corazón de los grandes.

Astiterunt reges terræ , et principes conveniunt in unum , adversus Dominum , et adversus Christum ejus.

Los reyes de la tierra se han presentado y los príncipes se han reunido contra el Señor y contra su Cristo. (Ps. II, 2.)

SEÑOR,

PARECE que se han reunido en este día todas las potestades de la tierra para condenar á muerte á Jesucristo , y la muerte del Señor es una terrible condenacion de las pasiones de los grandes y de los poderosos de la tierra.

Un pontífice eterno se ofrece por su